

# Don Juan de Austria, un héroe "incómodo"

**L. G. Rodríguez**

*HAY hechos y figuras históricas tan definitivamente ancladas en el pasado, que ocuparse de ellas puede parecer algo anacrónico. Pero es triste que el paso del tiempo y el desinterés simplifiquen o tergiversen los unos y deformen las otras, hasta el punto de que cada vez guarden menos parecido con lo que realmente fueron y apenas sean reconocibles.*



*Es cierto que el lugar que le corresponde a don Juan de Austria en una Historia general, teniendo presente el sentido de la proporción y de la objetividad que deben presidir el trabajo de un investigador, es muy poco relevante, debido a que fue una figura aislada y sin consecuencias. Pero resulta interesante como símbolo del espíritu de otra época y representante de unos valores que, en su mayor parte, ya no tienen vigencia. En efecto, la nueva historiografía otorga mayor relieve a Bartolomé de las Casas, por ejemplo, que a don Juan de Austria, y es perfectamente justo, porque éste no es más que una especie de ilustración de tiempos pretéritos. Ahora bien, a través de don Juan se puede conocer un poco mejor el carácter, el estilo y los métodos de gobierno de Felipe II, el primer rey de despacho, pionero de la burocracia, cuya gestión como gobernante marca el principio de la decadencia que, en todos los órdenes, excepto en el cultural, caracterizará al siglo XVII.*

Don Juan de Austria resulta hoy interesante como símbolo del espíritu de otra época y de los valores propios a ella. Hombre «mimado por la fortuna» en un principio, la vida de don Juan (aquí retratado por Alonso Sánchez Coello en un cuadro que se conserva en el Monasterio de El Escorial) cambiará de signo a partir de 1576, después de una serie de intrigas cortesanas.



La nota de amargura en la vida del príncipe de Austria viene dada abundantemente al analizar las relaciones entre él y su supuesto hermano. Sorprende la tensión, apenas disimulable, que las anima, no tanto por tratarse de hermanos cuanto por serlo de un rey y un súbdito que reunía ambas condiciones: la de hermano y la de súbdito, fiel y útil. Parece que Felipe II estuvo siempre bastante lejos de valorar debidamente las acciones y las intenciones de don Juan, aunque en su descargo cabe añadir la indiscutible habilidad de un secretario como Antonio Pérez y de otros intrigantes personajes que incansablemente se ocuparon y preocuparon de dar base a la natural suspicacia del rey.

Es bastante lógico suponer que los problemas, si bien no se exteriorizaron, habrían surgido ya en un principio. A Felipe II no debió hacerle ninguna gracia que, de pronto, le apareciese un hermano cuya sola existencia complicaba las cosas. Pero, ante todo, estaba la voluntad del Emperador, su padre, voluntad que en la mente de Felipe II no cabía ignorar. De aquí a que, nada más conocido el nuevo hermano, naciera en Felipe II un cariño novelesco hacia él hay un gran trecho y parece que sería demasiado pedir a cualquiera, cuanto más a un monarca reservado y frío.

En 1560, y tras algunas vacilaciones muy propias de Felipe II, tiene lugar el reconocimiento oficial de don Juan con motivo del juramento de acatamiento al príncipe don Carlos, heredero del trono. Hasta este momento, el rey no tenía razones especiales para querer a don Juan ni para aborrecerle, a no ser que el simple hecho de haber nacido le empujase a esto último. De aquí, tal vez, y de la firme voluntad de seguir en todo los deseos del padre, su interés en ocultar en el anonimato de una orden religiosa la personalidad de su hermano. Sin embargo, la inclinación de don Juan hacia las armas era tan marcada que Felipe II se vio obligado a abandonar su proyecto de hacerle eclesiástico. No fue ajeno, sin duda, a este cambio de propósito el hecho de que el Papa le hubiese negado el capelo cardenalicio para el príncipe. Afortunadamente para don Juan, las relaciones entre el monarca español y el Papado tampoco eran muy cordiales en aquellos años. Y es que, al parecer, «era piadosa costumbre entonces dedicar los bastardos de España a la Santa Iglesia por vía de expiación» (1).

A partir de ahora y hasta que don Juan empiece a destacar en hechos guerreros y a atraer sobre sí la admiración general, la conducta del

rey hacia él fue más bien generosa y ya don Juan, por su parte, se había hecho merecedor de una cierta confianza al revelar los planes de rebeldía del príncipe don Carlos. Fue esta inquebrantable lealtad lo que decidió a Felipe II a emplear a su hermanastro en la guerra y en los negocios del Estado, aunque más adelante se le verá dudar seria y repetidamente de la existencia de tal cualidad en don Juan. La escapada de éste a Barcelona para ir en socorro de Malta denuncia su espíritu caballeresco que, de momento, satisface al monarca y le induce a utilizarlo en su servicio; esta travesura tiene también un gran influjo en la sociedad donde se produce una corriente general de simpatía y admiración hacia el príncipe, «hasta el punto de desearle muchos como heredero de la Corona» (2). Ahora es cuando empiezan los auténticos quebraderos de cabeza de Felipe II. Teme —y ya no se verá libre de esta obsesión hasta la muerte de don Juan— que tales deseos cobren realidad a sus espaldas... o a su costa.

Frustrado el proyecto inicial para solucionar

(2) P. Coloma: «Jeromín», Bilbao, 1927, p. 161.



A través de don Juan de Austria, podemos conocer un poco mejor el carácter, estilo y métodos de gobierno de Felipe II —al que vemos sobre estas líneas, según la estatua realizada por Leone Leoni—, el primer «rey de despacho», pionero de la burocracia y cuyo reinado marca el inicio de la decadencia española.

(1) Walsh, W. T.: «Felipe II», Madrid, 1960, p. 284.



el futuro del príncipe, la nueva determinación del rey *es hacer de su hermano* un caudillo militar. El Consejo de la Corona «vaciló mucho antes de dictaminar en su favor» (en favor del rey, claro, lo que no deja de resultar curioso en una monarquía tan absolutista como la de los Austrias en general y la de Felipe II en particular) «pero, al cabo, prevaleció la voluntad del rey» (3).

Después, la actitud del monarca comienza a enturbiarse y no puede ser todavía a causa de los proyectos políticos de don Juan, a menos que se los suponga antes de conocer su realidad o, más exactamente, su viabilidad. Es opinión bastante generalizada que Felipe II no necesitaba demasiadas lecciones para ser un virtuoso en el arte de sospechar.

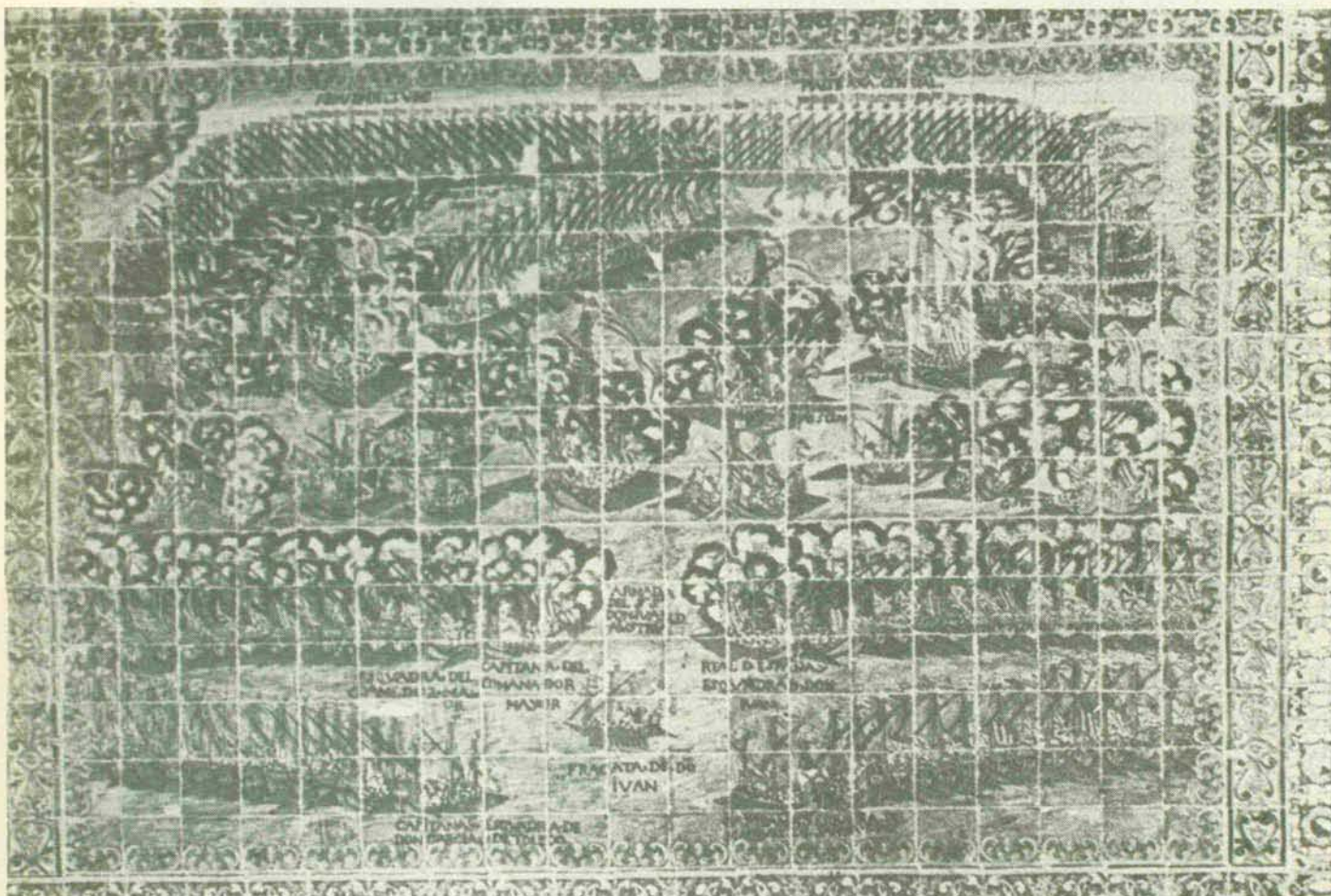
De la conducta del rey en adelante es ilustrativa su obstinación en negar a don Juan el título de infante y los privilegios de que, como tal, gozaría: cuestión de puro prestigio que diferenciaba al hijo legítimo del bastardo, pero los problemas de protocolo —ya se sabe— siempre han sido delicados y objeto de largas discusiones. Una explicación más o

menos válida pudiera ser la de que el rey no quería que nadie olvidase el *origen oscuro*, en el mejor de los casos, ilegítimo del príncipe de Austria, a cambio del descontento y la humillación de éste que aspiraba a tener por derecho propio lo que con tanta tenacidad se le negaba. Igualmente creíble y bastante más favorable a la imagen de Felipe II es este otro argumento: «Le negaba el infantazgo no por malquerencia, ni por mezquina tacañería, ni mucho menos por celos de su fama y renombre, sino porque era máxima de aquel Prudente Rey heredada de su padre Carlos I, la de estimular los servicios de los Grandes con un premio proporcionado a su altura; y como de no dar a don Juan una corona que Felipe II no quería darle, no había otro premio digno de él sino el Infantazgo, parecíale prematuro concedérselo ya, quedando todavía tantos y tan importantes servicios que esperar de su persona» (4).

El rey seguía eludiendo como mejor podía las pretensiones de don Juan sobre su tratamiento y, lo que era voto espontáneo y universal de las gentes, se lo reprochaba con detalladas instrucciones al respecto para él y sus mi-

(3) Ranke, L. von: «Grandes figuras de la Historia», Barcelona, 1966, p. 182.

(4) P. Coloma: *Op. cit.* 414.



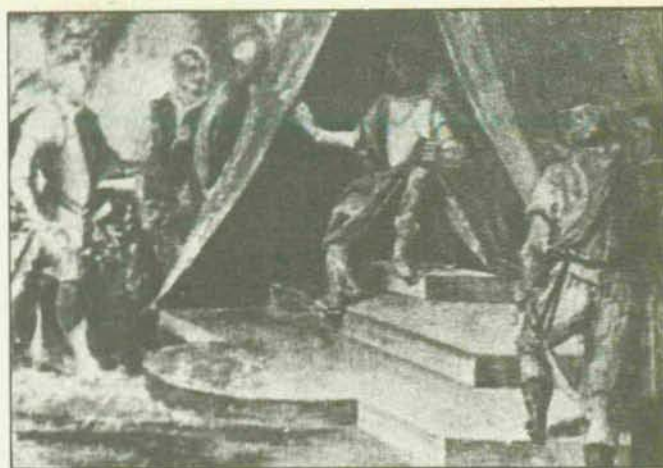
La batalla de Lepanto constituye el principal hito glorioso en la vida de don Juan de Austria (contemplamos la representación en azulejos que de este hecho histórico se conserva en la ermita del Rosario, situada en la localidad tarraconense de Valls). Antonio Pérez fomentó en la corte la idea de que don Juan se había ensoberbecido tras el triunfo contra el turco.



nistros. Como prueba de que el rey sí tenía objeciones que hacer sobre el rango social de su hermano, no hay más que leer una carta de éste fechada en 12 de julio de 1571, en la que expresa su conformidad con la voluntad de Felipe II, aunque su orgullo y sus sentimientos se ven heridos: «Muy grande merced me ha hecho V. M. en mandar a A. Pérez se me envíe traslado de lo que se escribe a los ministros de Italia cerca del tratamiento que se me ha de hacer, y no sólo me será de mucho gusto conformarme con la voluntad de V. M. en este particular, pero aún holgaría de poder adivinar sus pensamientos en todo lo demás para seguirlos como lo he de hacer; y sólo me atreveré con la humildad y respeto que debo decir, que me fuera de infinito favor y merced que V. M. se sirviera tratar conmigo ahí de su boca lo que en esta parte deseaba por dos fines: el principal porque no es servicio de V. M. que ninguno de sus ministros hayan de conferir conmigo lo que sea su voluntad, pues ninguno dellos está tan obligado a procurarla como yo; lo otro porque hubiera hecho antes de partir de ahí algunas prevenciones enderezadas al mismo fin, que se consiguiera como V. M. lo quiere y con menos rumor... yo iré obedeciendo quanto sea posible la orden de V. M. aunque temo la dificultad de la adulación que me dicen hay en Italia. V. M. me crea cierto que ni deseo honor y bien, sino para mejor servirle como con él se hace, pero la consideración deste particular no me toca a mí, sino ejecutar lo que se me mande, a que no faltaré jamás por ningún caso» (5).

En otra carta a Ruy Gómez habla también de la gran decepción que le supuso acomodarse a la voluntad del rey: «Diré a lo menos que he sentido y siento ésta lo que la razón me obliga; no tanto, señor, por lo que es vanidad que de andar apartado de ella pongo a Dios por testigo: mas me da mucha pena que yo sólo en el mundo haya merecido orden tan nueva, quando con mayor confianza vivía de que mostrara S. M. a todos que la tenía de mí y que holgaba de que yo fuese más honrado... si algo me hace reparar es persuadirme que así como no se lo merezco, no sale de S. M. semejante voluntad, sino de alguna persona que creará ser autoridad suya tener yo poca...» (6).

Felipe II dio demasiado valor toda su vida a los títulos y, sobre todos, al que hasta sus enemigos daban a don Juan y que, probablemente, hubiera tranquilizado la ambición de éste al ver remunerados sus servicios. Porque como escribe a Antonio Pérez —y no a propósito de su persona— «estos cuidados y disfavores des-



Alvaro de Bazán, entregando a don Juan de Austria las llaves de la ciudad de Túnez. Esta escena, recogida de las pinturas del palacio del Viso del Marqués (Ciudad Real), trae hasta nosotros —pese al mal estado del mural— el momento en que la trayectoria del «augusto bastardo» se hallaba en su cénit.

animan mucho y con razón a los que sirven y dañan harto a los servidores porque al fin no lo serán». No sabía bien el príncipe a quién dirigía esta velada amenaza, pero empezaba a sospechar de dónde provenía la persistente decisión que la motivaba. El rey no fue capaz de ver en este caso que las recompensas es necesario darlas —no basta con prometerlas— y darlas oportunamente porque ello revierte en su propio provecho.

El malestar creado entre los dos hermanos crecía en la medida en que don Juan alcanzaba nuevos éxitos. Esto, unido a la disparidad de genio y de criterios entre ellos —el Rey Prudente tenía su perfecta antítesis en el Príncipe Imprudente— hizo que sus relaciones fuesen cada vez más tensas hasta la muerte del príncipe en Flandes, moralmente derrotado por el rey.

Uno de los autores que ha estudiado con más profundidad el problema ha sido Marañón, quien ve en Felipe II una doble actitud hacia don Juan: «Amor sincero, porque era su hermano, porque el padre heroico había querido que le amase, porque él hizo un culto de los afectos familiares» y «celos de sus cualidades y de que pudiera ser el heredero»; tenía don Juan «una lealtad generosa, sin esfuerzo y sin límites, rara en sus tiempos» y en esto estriba la diferencia radical con Felipe II, «de rectitud exenta de generosidad» (7). Pese a ser Marañón uno de los más serios desmitificadores del de Austria, no por ello descarta la posibilidad de que parte de la conducta del rey se explique por «celos escondidos de un alma gris frente a un alma brillante» (8). Lo que es indudable es que en la actitud de Felipe II hacia su hermano late un cierto sentido punitivo, consciente o

(5) Reproducida por Ferrandis Torres, M.: «Don Juan de Austria, Paladín de la Cristiandad», Madrid, 1942, p. 176.

(6) Reproducida por P. Coloma: op. cit. p. 298.

(7) Marañón, G.: «Antonio Pérez (el hombre, el drama, la época)», Madrid, 1948, p. 218.

(8) Idem. p. 231.



inconsciente. El rey desconfió siempre y cada vez más de don Juan, depositario ante las masas de las cualidades militares del padre y que se convirtió pronto en un héroe incómodo. Por su parte, el todopoderoso Antonio Pérez fomentaba con sus declaraciones la sospecha de que a partir del triunfo de Lepanto, don Juan ya no era el mismo, sumiso a la voluntad del rey, sino que pretendía volar con sus propias alas. Para limitar los horizontes de grandeza del príncipe, nada mejor que enviarle a Flandes donde se iban a sepultar su gloria y aspiraciones. El abandono que aquí tuvo que soportar don Juan no puede considerarse como un descuido en un rey que ejercía su oficio con rara meticulosidad. El vencedor de Lepanto nunca fue más que un valioso ejecutivo a las órdenes de Felipe II. El mismo se subordinó voluntariamente a una política de la que respetaba el principio general por su fe en el derecho divino de los reyes, aunque en su fuero interno desaprobaba los métodos de aplicación de esa política. El universo del príncipe estaba claramente delimitado: Dios y el Rey, como ejecutor de la voluntad divina. Aprovechando estos principios, el rey utilizaba las esclarecidas dotes de militar de don Juan para el engrandecimiento de la monarquía pero procurando siempre dejarle en el lugar que le correspondía como subalterno.

La idea rectora de la política exterior del segundo de los Felipes era la de aglutinación, bajo pretextos religiosos, de pueblos distanciados por naturaleza que formaban el patrimonio imperial. Felipe II no creía hacer religión al hacer política, a diferencia de otros gobernantes de su tiempo y de su mismo padre. «A veces había que dar un barniz religioso aparente a los hechos para responder de este modo a las necesidades de una presentación política hacia afuera; ese tinte católico de la política era, no sólo la manera de sujetar a Roma, sino de atraerse la colaboración de ciertos grupos católicos extranjeros en empresas políticas contra sus propios países» (9). O sea que la religión era un instrumento político más, y muy fuerte en los años de la Inquisición. Lo que parece claro es que los rasgos que han ido siempre, desde los libros escolares, unidos a la personalidad de Felipe II —fanatismo religioso y estricto sentido de la justicia— son muy cuestionables o, por lo menos, necesitan matizarse.

El juicio que don Juan le mereció a Felipe II, severo sin concesiones, queda duramente reflejado en una carta del cardenal Granvela a Margarita de Parma, muerto ya don Juan.

(9) Maravall, J. A.: «La oposición política bajo los Austrias», Madrid, 1972, p. 178.



Dice así: «El rey está muy descontento del difunto don Juan y de su conducta tanto en las galeras como en el gobierno de los Países Bajos, por haber introducido notables cambios y cometido excesos que sobrepasan lo corriente... temo que si aún viviera, hubiera tenido S. M. que romper con él: nadie se hubiera quejado de la pérdida» (10). Granvela fue uno de los intrigantes cortesanos que más empeño puso en alimentar la desconfianza del rey. Su hostilidad hacia don Juan se evidencia en el párrafo anterior que, significativamente, pertenece a la misma carta que da cuenta de la muerte del príncipe a su también hermana por parte de padre, Margarita de Parma.

Sin embargo, casi todas las sospechas de Felipe II eran infundadas. Don Juan era un exponente de fidelidad a su rey: «No quiera ni permita Dios que fines míos me hagan inobediente a V. M. y tan a costa de su servicio y tan a peligro de mí alma, pues cuanto en esta vida pretendo es salvando estas condiciones primero» (11). El mismo autor que recogió esta carta añade: «Lo que puedo afirmar es que S. A. era tan leal que no diera un paso contra la voluntad y gusto del rey por todos los haberes del mundo porque era leal, católico y obediente, príncipe amador de la verdad» (12). El interés de la afirmación reside en que es un contemporáneo del príncipe quien la hace.

Donde la imaginación de los escritores antifelipistas se exalta notablemente, hasta desbordarse en ocasiones, es en el capítulo relativo a

(10) Reproducida por Marañón, G.: Op. cit. p. 238.

(11) Carta del 2 de febrero de 1577, reproducida por Porreño, Baltasar: «H.<sup>a</sup> del serenísimo Señor don Juan de Austria, hijo del invicto emperador Carlos V, rey de España». Madrid, 1899, p. 252.

(12) Idem.





En esta doble página reproducimos los retratos de Antonio Pérez y su compañera, la famosa princesa de Eboli. Ambos contaban entre los principales enemigos de don Juan de Austria, especialmente el intrigante secretario de Estado, que se complacía en presentarle como «un joven en el que no se podía confiar».

la muerte de don Juan —tan misteriosa como su nacimiento—, llegando algunos a atribuir su causa a envenenamiento ordenado por el rey. Aparte de que esta idea repugne un poco a cualquier sensibilidad, resulta inverosímil que Felipe II se resolviese a disponer algo tan contrario a su conciencia. Pero de lo que tampoco se puede dudar es del resentimiento que, por distintas razones, albergaba contra su hermano y del que existen claras pruebas. En primer lugar, nunca Felipe II manifestó interés alguno en ver a don Juan y muchas de las veces en que éste se presentó en la Corte, lo hizo por sorpresa y en contra de los reales designios. Por otra parte, no demostró el rey tener muchos escrúpulos a la hora de conocer y vigilar los proyectos del príncipe para lo cual autorizó a Antonio Pérez a mantener correspondencia con él expresándose por su cuenta para inspirar mayor confianza. Estas cartas eran minuciosamente supervisadas por Felipe II que incluso, en muchas de ellas, hacía anotaciones al margen. Y en tercer lugar, está el oscuro asunto de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, asesinado si no con la orden, al menos con el consentimiento real.

Todo ello hace pensar que don Juan se había vuelto un ser bastante molesto, un estorbo para la política del rey, y que las relaciones entre ambos estuvieron sólo muy ligeramente teñidas de cordialidad. El dominado se hacía cada vez más peligroso para el dominador que, en este caso, no se mostró muy clarividente, prestando el crédito y la colaboración negadas a su hermano a personajes de una catadura moral bastante más indeseable: Antonio Pérez, por ejemplo.

Volvamos al «affaire» Escobedo. Es cierto que su carácter abierto y el celo que ponía en todo lo de don Juan no eran precisamente lo que más podía agradar a Felipe II. Eso mismo le había costado el cargo a su predecesor, Juan de Soto. Era además Escobedo hombre de ruda franqueza y no se andaba con sutilezas ni con rodeos para decir las cosas aunque fuera al propio rey. En los acontecimientos que siguie-

ron a su llegada a Madrid, enviado por don Juan en busca de recursos con que sostenerse en Flandes, jugó el papel principal Antonio Pérez, cuyas intrigas fueron las que más perjudicaron al príncipe. El secretario alentaba la intranquilidad del rey con comentarios como éste: «*Deben de querer venir a lo de aquí, por aquellas trazas, pareciéndoles que aquello es pequeño campo para correr mucho*» (13). Felipe II no necesitaba ya hacer grandes esfuerzos para creerle, pues estaba convencido de que hacía falta «*ir con gran tiento con ellos, que tan grandes son las cosas que se prometen que no han de satisfacerse con nada*» (14).

Antonio Pérez atribuía a Escobedo el extravagante propósito de inducir al príncipe a emprender la conquista de España, una vez realizada la de Inglaterra, y el monarca decretó la muerte de un personaje que, al parecer, hacía peligrar su estado. Al menos, la anuencia real se deduce de una carta de Felipe II a Mateo Vázquez, secretario también, en la que dice que él «*sabía cómo y por qué el hecho había sido cometido, y que el que lo había hecho tenía muy buena razón para su acto*» (15). En cualquier caso, actos tales siempre fueron suficientemente justificados por «razones de Estado». Cabrera de Córdoba recoge las declaraciones de Andrés de Prada diciendo que «*Antonio Pérez publica y afirma que la causa de la muerte de Escobedo fue porque por su medio don Juan de Austria trataba de rebelarse contra S. M., el rey nuestro señor, su hermano, fundándolo en cartas del señor don Juan escritas a Antonio Pérez, como secretario de estado y otras a S. M. que venían así: ni no a sus nanos, descifrándolas falsamente y dando inopinados y falsos entendimientos, siendo que es la verdad infalible que el señor don Juan fue en todos tiempos obedientísimo al rey nuestro señor...*» (16).

Mientras en los Países Bajos don Juan, totalmente ajeno a lo que estaba pasando en Madrid, pedía con insistencia el regreso de su secretario a quien tanto necesitaba. Al final de su vida, se veía solo de amigos, rodeado de enemigos y traiciones en Flandes y de intrigas en la Corte, encabezadas por Granvela y Antonio Pérez. Este se lleva el mérito indiscutible en cuanto a los resultados pues, aparte de conseguir el descrédito de don Juan ante los ojos del rey, tuvo hasta última hora la confianza del príncipe. Y es que Antonio Pérez no era abierto enemigo de don Juan sino que mantenía un doble juego. Exageraba astutamente

(13) Hume, Martín: «*Espanoles e ingleses en el siglo XVI*», Madrid, 1903, p. 184, 194.

(14) y (15) Idem. p. 183, 190.

(16) Cabrera de Córdoba, Luis: «*H.ª de Felipe II, rey de España*», Madrid, 1876.





En el «pliego de cargos» que se blandía contra don Juan de Austria —cuyo Banderín, guardado en la Armería Real, contemplamos— por parte de sus enemigos, figuraban cuatro puntos principales: quizá el más desquiciado de todos era el que aseguraba que don Juan pensaba invadir España tras apoderarse de Inglaterra

los peligros de la actitud del príncipe pero no quería una clara enemistad con éste porque, muerto don Carlos, era el posible sucesor de Felipe II. O sea que Antonio Pérez necesitaba a don Juan y éste, conocedor de la omnipotencia en la Corte del secretario, necesitaba a Antonio Pérez. Dos contemporáneos hablan de la amplitud de las atribuciones secretariales: «Como era Antonio Pérez el crisol, fragua y arcaduz de toda cosa de importancia... procuraba don Juan hacer confianza, granjear y contentar a Antonio Pérez para dar gusto a su hermano el rey». Estas palabras del conde de Luna son ratificadas por el P. Sepúlveda: «Quiso el señor don Juan tener de su parte a este Antonio Pérez porque los negocios de los Estados dependían de él» (17). Es decir que la aparición de la figura del «valido» bien podría situarse en fecha más temprana a la comúnmente aceptada. Lo que ocurre es que eso que más tarde llegará a ser una institución, cuando nace espontáneamente no tiene aún nombre. Un nombre es, en cierto modo, una definición, pero los límites de lo nuevo son tan inconcretos que se le define por su semejanza con lo ya familiar. Antonio Pérez no fue más que un secretario de estado, muy especial ciertamente, pero secretario de estado al fin. Pasarán años y tendrán que repetirse estos reparos de responsabilidades cuando no cesiones descaradas por incipetencia o frivolidad del monarca en funciones, para que el «valido» o «privado» se diferencie del «secretario de estado».

Con el fin de tenerle vigilado y estar al tanto de sus proyectos, Antonio Pérez presentaba a don Juan como un joven en el que no se podía confiar si no tenía al lado un tutor tem-

plado, y de este criterio logró hacer participar al rey. Si don Juan fue un soñador, Felipe II aparece como un implacable cazador de sueños. Uno de los ensueños políticos del príncipe fue el de capitanear un partido político en Madrid. Para ello, él y Escobedo mantenían correspondencia confidencial con Antonio Pérez, quien, con su habitual doble juego, enseñaba estas cartas al rey, al tiempo que las contestaba alentando la confianza de los ausentes. En la Corte de Felipe II coexistían dos partidos políticos, con directrices claramente opuestas: el pacifista de Ruy Gómez y el arzobispo de Toledo y el belicista de Alba. Don Juan se adhirió en un principio al primero tras una fina labor de captación por parte de la princesa de Eboli y Antonio Pérez, pero su participación fue puramente nominal. Es posible que una de las causas de animadversión del secretario hacia él fuera su pasividad dentro del partido y la posterior evolución del príncipe hacia el grupo de Alba.

Por su encuadre político o por otras razones, el hecho es que a Antonio Pérez también le resultaba incómodo don Juan, y uno de los proyectos que concibió para él fue el ya trasnochado de hacerle religioso. El documento que trata de esto merece ser reproducido porque pone de manifiesto la gran ascendencia del secretario sobre el rey al expresarse como lo hace, y su falta de escrúpulos para disponer de las vidas ajenas, tan sólo para favorecer sus caprichosos propósitos: «Y señor, crea V. M. que no pienso pedir perdón a Dios de lo que le he dicho algunas veces, tantos días ha, y de lo que he deseado ver apartados del señor don Juan por su bien y por el servicio de V. M. algunas personas... temo que han de procurar emparararlo, aunque al señor don Juan en tal edad y conociendo no se le puede quitar la culpa del todo y en verdad que no merescer tanta pena mientras se le dexaren tales consejeros y criados. Que yo, señor, pasada esta ocasión y necesidad de Flandes, no me satisfago, si quiere V. M. que le diga lo que siento, que vaya por aquel camino, sino que se encañinase, que con gran gusto y satisfacción suya dexase el ábito que tiene y toñase el de clérigo y órdenes con que no saliese de lo que conviniese» (18). Esta vez la cosa era demasiado disparatada como para conseguir el asentimiento de Felipe II quien, suavemente, como el que no quiere ofender, le contesta: «Y para deciros la verdad no me puedo persuadir que conviniese hacer clérigo a mi hermano, ni creo que se podría con buena conciencia, visto lo que ha pasado hasta agora con él; y dexando las ruines

(18) Apéndice documental del Rodríguez Villa a la «H.ª de don Juan de Austria», de Baltasar Porreño, Madrid, 1899, p. XV.

(17) Hume, Martín: Op. cit. p. 241.



*compañías, espero yo que si quiere, en el ábito que tiene y aviendo hecho tan buen principio como hizo, podrían importar mucho su persona para muchas cosas, y para esto importara mucho vuestro consejo; y para lo de Flandes importa tanto, que no sé yo qué remedio tenga aquello sino el de su persona» (19).*

Lo de Flandes, ni don Juan ni otro más político que él podían solucionarlo. Las diferencias religiosas no eran más que una expresión del fuerte deseo de autonomía de los Países Bajos, ligados artificialmente a un país que ni geográfica ni espiritualmente tenía nada en común con ellos, excepto el pertenecer al mismo patrimonio imperial. Pero esta es otra cuestión.

Antonio Pérez, engañando por una parte a Felipe II y traicionando y calumniando a don Juan y a Escobedo por otra, fue quien fabricó la enredada maraña en la que el príncipe perdió al fin su crédito con el rey y Escobedo la vida. Los puntos principales que utilizó Antonio Pérez en contra de don Juan fueron estos cuatro:

- que se había negado a desmantelar Túnez para alzarse con el reino;
- que negociaba con Roma a espaldas del rey;
- que le preocupaba la jornada de Inglaterra más que todos los intereses del rey, exagerando el mal estado de las cosas en Flandes para sacar fondos de España y emplearlos en dicha jornada;
- que, una vez dueño de Inglaterra, pensaba invadir España.

Cualquiera de estos argumentos, considerados individualmente, tenía el suficiente peso específico como para inquietar al rey y así se comprende que Felipe II tomase sus medidas. Lo único que se le puede reprochar es que diese antes crédito a las palabras de su secretario que a las de su hermano.

Don Juan llegó a darse cuenta de que su hermano sospechaba de él y de que alguien en la Corte avivaba estas sospechas. Algunas veces escribió a Felipe II pidiendo ser escuchado y creído, cosa que no llegó a conseguir: «*Muchos deben de poder hablar y escribir, aunque los menos, según veo, se allegan a lo que deben, tratando con su Rey y señor, pues de quien hizo Dios su hermano osan alargarse en tanto. Suplico cuanto puedo a V. M. que como lo tengo escrito, mire a lo que yo hiciese y a lo que hasta ahora he hecho, y que me valga lo que ha sido en su servicio a despecho de imbidiosos para que se ponga mente a mis efectos y se castiguen sus dichos cuando tuvieren tan poco de verdaderos...*» (20).

(19) *Idem.*

(20) *Idem.*

El rey, guiado por los papeles de don Juan así como por los avisos de algunos servidores del príncipe, advirtió su error —un poco tarde— y destituyó a Antonio Pérez. Andrés de Prada le había escrito lo siguiente: «*He entendido el diabólico ánimo con que Antonio Pérez ha querido manchar la inmaculada fidelidad y obediencia que el señor don Juan tuvo a V. M. (...) a nadie toca volver con tantas veras por la honra del señor don Juan como a V. M. por quien dio su vida*» (21).

Al príncipe ya nada podía importarle, y Felipe II tampoco salió bien parado de su equivocación. Como se sabe, la «leyenda negra» que empaña su reinado tiene su base en las declaraciones que hizo el secretario para apoyar su defensa. En cuanto a don Juan, estas intrigas, procedentes de quien menos podía esperarlas, junto a las de sus declarados enemigos con el príncipe de Orange e Isabel de Inglaterra a la cabeza, amargaron los últimos años de su juventud, de forma que a partir de 1576 ya no puede considerarse más como alguien «mimado por la fortuna», sino más bien por la adversidad. ■ L. G. R.

(21) Citada por Cabrera de Córdoba, Luis: «*H.ª de Felipe II, rey de España*», Madrid, 1876, t. III.



Medallón con la efigie de don Juan de Austria. Sus relaciones con Felipe II constituyen un capítulo bastante lamentable de la Historia de España, motivado por la acción de unos valedos y favoritos que hallaron eco en la personalidad de un rey que hacía valer por encima de todo su poder personal.